

**“Toda literatura es erótica; y más...”. La 5ª. Pata, agosto 1987.
Entrevista de Álvaro Fernández Bravo y Florencia Garramuño**

Es agresiva y seductora. Tiene una mirada límpida que sostiene, casi, con furor. Trae un termo de café, tazas, y no quiere que comencemos el reportaje: “cuéntenme de la revista, quiénes la hacen, cómo, qué pretenden”. Durante varios minutos el reportaje se convierte en reportero. Finalmente accede: “pregunten ustedes qué quieren saber (acá tiene más café)”.

Usted dice que la crítica tiene que empezar siendo un acercamiento ingenuo al texto, dejando que él nos diga qué buscar o qué escribir. ¿Es posible ese acercamiento, después de haber incorporado un aparato teórico?

-Por supuesto. El centro de nuestra enseñanza –mía y la de mi equipo- busca eso: hacer que los estudiantes entren en un escrito por el lugar que más les impresiona. Eso implica meterse de un modo más completo en la literatura. Tradicionalmente a los que entraban en Letras la carrera los pervertía. Los convertía en profesionales académicos o profesores secundarios de lo más aburridos. Ese ha sido uno de los errores de la enseñanza de la literatura, porque los sacaba de la literatura. Lo que nosotros tratamos de hacer es recuperar eso que se perdió: volver a poner el impulso que los llevó a estudiar literatura. Y para eso, volver a leer como leían antes. Después sí, organizarlos con todo el saber que les puede dar la facultad.

Mi idea es juntar pasión con saber. En general, la facultad ha tratado de desapasionar todo. Entonces la idea es acercarse a la literatura como si no se supiera nada. Recuperar ese modo juvenil e infantil, diría yo, del goce de la literatura.

Ese goce ¿tendría que ver con una erotización de la crítica?

-La literatura de por sí es erótica. Yo no creo que necesitemos una erótica del arte. Porque lo que uno tiene, no lo necesita. Creo que la crítica tiene que tener no solamente erotismo, sino también diversión, borradura de la realidad, fuga, sueño, todo eso tiene que ver con la literatura y goce con el lenguaje. Porque los que nos dedicamos a la literatura lo hacemos porque el lenguaje es esencial para nosotros. En él ponemos la realidad, el cuerpo, el mundo. Y la crítica literaria tendría que tener todo eso. Porque la crítica es, en parte, literatura. La crítica muy desapasionada, muy deserotizada, es lo que yo llamo “crítica del profesor”: burocrática, aburrida. Para mí, eso no es crítica ni nada.

Partiendo de la pregunta de Barthes: “¿Para qué sirve todo esto?” Una pregunta que comprende también a los estudiantes, que muchas veces nos la formulamos con angustia.

-La crítica puede servir para una cantidad de cosas. Como la literatura, puede servir para todo. Para reflexionar sobre los sentidos del lenguaje, sobre la cultura, sobre los usos del lenguaje y la literatura. Puede enseñar a leer, también, de otro modo. La crítica... ¿qué sé yo? Es como preguntar para qué sirve la filosofía, o la matemática. Porque es un elemento central de la cultura. La crítica es literatura más saber. Por un lado tiene que

traer un saber -filosófico, lingüístico, antropológico, psicoanalítico-; pero por otro lado la crítica es también literatura, porque es también escritura. Hay un abismo brutal en el paso del análisis a la escritura. Y ahí, ya estamos en la literatura. Yo no puedo tolerar una crítica mal escrita, una crítica “redactada”. ¡Uf! No puedo. Eso, repito, no es absolutamente nada.

Ud. dijo una que coincidía con el punto de vista anarquista de que la universidad es una institución “obsoleta, medieval y que merece ser abolida”...

-Sí, yo pienso eso. Pero a todo el mundo que me dice que quiere dejar la facultad yo le digo que siga. Por supuesto, lo fundamental es la formación que no está en la Universidad, sino más bien en el resto de la cultura. Pero la universidad es necesaria para salir de ella. Y para salir hay que cursarla y terminar.

La facultad debe ser modernizada en una cantidad de cosas. Abolir los exámenes, trabajar en equipo, eliminar las jerarquías, insistir en la escritura de los estudiantes. Por un lado, democratizar al máximo la universidad. Y por el otro, desfeticizarla. Que los estudiantes no pongan ahí todo, que sea un lugar de paso y donde el proyecto del estudiante esté – sobre todo en nuestra área- ligado siempre con algo de afuera. Como hacen uds.: con una revista, con el periodismo, con el resto de la cultura. No tienen que perder de vista que lo que uds. estudian es un arte. Y el arte es práctica. Basta de historias de la literatura, que por ahí no pasa nada. Hay que ligar la enseñanza de literatura con talleres: de reflexión, de crítica.

A fines del año pasado se regresó a cierta ebullición estudiantil en la facultad que hace tiempo no aparecía. ¿Cómo ve ese fenómeno?

-(Se pone visiblemente contenta) A mí me encanta la ebullición estudiantil. Yo estaba en EE.UU y cuando me llegaron cartas contándome lo que estaba pasando acá, me ponía muy feliz. Lamentablemente, no acabó como hubiéramos querido, ¿no?

Cuando yo entré en la Universidad después de la democracia me deprimí muchísimo al ver una propaganda de Franja Morada que decía: “contra el delirio”. Me pareció absolutamente antitético con lo que debe ser la universidad. Porque se llama delirio precisamente a la imaginación, a la creación, que es lo que hay que fomentar. Cuanto más imaginación, más movimiento y planteo, mejor. Yo creo que los estudiantes tienen que querer cambiar todo siempre. Sobre todo los de literatura, que parecieran tener la imaginación siempre fresca. Si uno es estudiante de literatura y no puede imaginarse un mundo mejor... (nos mira a los tres insistentemente). Además, leen ciencia ficción todo el tiempo.

¿Cómo está la producción de literatura argentina más allá de la crisis editorial?

-Bastante triste, te diría. No puedo decir que haya algo que me haya impresionado muy espectacularmente en este último tiempo. La poesía está un poco mejor, pero nada extraordinario tampoco.

Por otra parte, la literatura de los jóvenes, justamente por la crisis editorial, no se publica, y entonces no se sabe qué es lo que está pasando. Sólo se ve literatura de viejos. Eso es muy triste.

Por eso creo que las revistas son muy importantes. Uds. tendrían que poner literatura en “La 5ª Pata”.

Esa es la idea: hacer literatura, incluso, en el periodismo, asumiendo la condición de “contar” de todo periodista. Decir bueno, esto también puede ser mentira.

-Eso estaría bien. (Se sonríe mirando a Macali, la fotógrafa, y la interroga: -Che, ¿vos sacás bien las fotos? Porque si no le digo a mi hijo, que hace cine. -No se preocupe-, le dice Macali. Se sonríe: -Bueno, pero sacame sonriendo, que salgo mejor)

¿Qué tipo de relaciones mantiene la crítica con la sociedad, con el mismo crítico, con la literatura, con la gente?

Justamente, el énfasis del curso de este año es superar la oposición entre crítica universitaria y periodística. Superar ambas y hacer otra crítica, ni universitaria ni periodística. Una crítica que lean todos, esa es mi utopía. Te diría que es una de mis preocupaciones fundamentales. Quiero una crítica que tenga el mismo estatuto de la literatura, sin perder los elementos fundamentales de la crítica. ¿Se puede? ¿Cómo se hace? Ese es el punto central. De donde, entonces, si se puede llegar a saber cómo es eso, yo creo que podríamos darle a la facultad justamente otro sentido.

¿Cómo es su vida cotidiana?

-Mirá, si le preguntás a mi hijo seguro que te diría que muy aburrida. Que no gozo de la vida. Pero sí, por supuesto gozo a mi manera. Mi trabajo es hacer lo que me gusta, es decir: leer y escribir. Por otra parte, no llevo una vida organizada, honorable desde el punto de vista burgués (*se sonríe*). De todos modos, creo que los tiempos han cambiado y que quedan pocas vidas honorables. Claro que también salgo a hacer las compras: una vez por semana con changuito y durante la semana con bolso. En fin, llevo una vida como todos, pero a mi manera.

A nosotros nos aburren las fotos del estudio del estudioso. Nos gustaría sacarle una foto a usted en su cocina.

-Bueno, como ven, mi estudio es living y es comedor. Y también, la cocina es mi lugar, así que vamos.

Pasamos a la cocina. Las ollas están sobre las hornallas; sobre la mesada, hay un cucharón. Detrás, las ventanas dan a un lavadero en donde se ve ropa colgada.

-No saques a la ropa. (la mira a Macali)

-Es que a mí me gustan las cacerolas -insiste Macali.

-Bueno, está bien. Con el cucharón por el mango y sonriendo, ¿eh?

Nos quedamos, después, bastante tiempo charlando off the record. Algunas de las cosas que dijo las leés acá; otras, las podrías escuchar en sus clases de teoría. Porque ella dice que la teoría es una práctica y, con todas sus críticas, sumamente movilizadora. Nos despide: Aguanten con la revista. Sigán, necesitamos cosas como ésta.